

Pilar Prim

Pilar Prim

Título original: *Pilar Prim* (1906)

Autor: Narcís Oller i Moragas

© de la traducción del catalán: Carlos Fajardo Calpe

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdesedaeditorial

[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Ildico Neer/Arcangel Images

Primera edición: septiembre de 2020

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull

Depósito legal: M-39683-2019

ISBN: ISBN: 978-84-17626-34-1

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Pilar Prim



NARCÍS OLLER

Traducción del catalán de Carlos Fajardo Calpe

Libros de
seda



Capítulo 1

Lo primero que buscó Deberga al entrar en el andén de la estación del Norte fue un buen compartimento vacío. Ya desesperaba de encontrarlo y a punto estuvo de zambullirse, enojado, en uno de los que menos gente tenía, cuando su criado le indicó que el conductor acababa de retirar el letrero de reservado para señoras en otro compartimento, y corrió a meterse dentro. Era mediados de julio, en plena estampida veraniega de los barceloneses. El tren iba repleto de pasajeros, y encontrar un compartimento vacío donde poder sentarse era como si te tocara la lotería. De manera que Deberga corrió a aprovechar su buena suerte. Eligió el rincón del fondo a la izquierda, que era el lado más fresco. Satisfecho con el hallazgo, dejó sobre el estante superior la maleta de mano que llevaba, se quitó la gabardina, encendió

un cigarrillo, se estiró sobre el asiento de utrech verde y abrió el diario con la intención de amodorrarse a placer. Pero de repente... ¡zas! Abren la portezuela y... Oh, ¡qué poco dura la felicidad!... Primero, un criado cargado con equipaje de mano, rollos de abrigos y paraguas; después, una camarerita graciosa, con una montaña de cajas redondas y otras sin forma, que no la dejaban pasar por la puerta; después, un niño de unos diez años, rechoncho y pálido, con una melena que se lo estaba comiendo y un gran sombrero en la cabeza; después, una señorita en edad de merecer, con un aire algo inglés; después, otra más alta y con más vida a cuestas, aparentemente casada, con aspecto arrogante y altivo; después... ¡Ah, gracias a Dios!... La puerta se cerró y las señoras y el niño, que ni siquiera le habían dirigido una mirada, se asomaron a la ventana y se pusieron a charlar con un grupo de caballeros y criados que estaban plantados en el andén. Mientras tanto, dentro, el criado y la camarera se las veían y se las deseaban para poder encajar en los estantes el enorme montón de equipaje que habían traído.

«¡Menudo viaje! —exclamó para sí Deberga al ver aquella avalancha, y pensando ya en saltar del vagón—. ¡Chiquillos y señoras!... ¡Estoy apañado!».

Unos y otros eran, no cabía duda, los que habían formado aquel gran barullo en la entrada, cuando él se dirigía con prisas a comprar su billete. Abajo debían de haberse quedado aquella señora rolliza y agitada, que casi le hace tropezar al cruzársele por delante, ansiosa, y un señor de unos cincuenta años, alto y fornido, de cabellos

blancos y barba gris muy recortada, que le había llamado especialmente la atención por aquella panza tan abombada en forma de pera que tenía, oprimida por un chaleco de piqué blanquísimo, por lo desproporcionado de su diminuto sombrero de paja y por aquella voz, capaz de hacerse oír por encima del murmullo general con tan solo pronunciar un *sí*.

—¿Habéis dejado sitio para la cocinera? —preguntaba ahora la mujer más arrogante y apuesta a los de abajo—. Ya podrían ir con ella Rosalía y Tiburcio, ¿no?

«Ya podríais ir todos juntos», pensaba Deberga, malhumorado, mientras tiraba el cigarrillo, estrujaba el diario y se tumbaba de espaldas para hacerse el dormido y ahorrarse conversación con aquellas señoras tan inoportunas. Sin embargo, aquel chafardeo, aquella sed extraña que las mujeres guapas despiertan siempre en el espíritu de los hombres, y sobre todo en el de los solterones amantes de las juergas, comenzaba a hacer efecto en él por fuerza.

(Una voz gruesa, como de barítono, desde abajo; seguramente la del panzudo).

—En Ripoll os esperan los coches con los caballos listos ¿Oyes? Y a ver si Enriquet vuelve de una vez sin esa cabelleira. Que ya eres muy mayor, ¿no crees, chico?

(La mujer de mayor edad gira el rostro con un enfado mal disimulado, pero no abre la boca).

(La señorita, desde arriba): —¿Y aquellas tarjetas? No se olvide, Mions, por Dios...

(Deberga, para sí): «¿Y quién debe de ser esa Mions?».

(La mayor, volviéndose hacia dentro): —Rosalía, dense prisa; mire que ya han dado otro aviso con la campana. *Tiburcio, por Dios, despachen ustedes...*¹

(Deberga, medio reconciliado con su suerte): «Vaya, o sea que estos dos son los que han de ir con la cocinera. Menos mal que al final solo quedamos cuatro».

(La mayor): —Robert, por Dios, cuidadme a papá. ¿Me oyes, Julita?

(La pequeña, con cariño): —A ver si subís.

(Deberga, murmurando): «Tienen padre. Ese tal Roberto, el panzudo, y esa Julita, la inquieta, deben de ser otros hermanos. Menos mal que los criados ya se marchan. ¡Caramba! Menudo golpe en la rodilla me acaba de dar el Tiburcio este...».

(La pequeña) —No os preocupéis. Me llevo libros y colores... ¿oyes, tía?

(Deberga): «Le deben de haber dicho que procure divertirse. ¿Y qué está rumiando ahora el panzudo? Todo el rato dando órdenes... Otra campanada ¡Será por avisos!».

(La mayor, con aire cansado): —Ya os lo podéis imaginar... Vaya, que os vaya bien y —por puro compromiso— a ver si subís. Pero avisadme con tiempo ¿vale? Ah, este, sí... *Mira, Enrique, di adiós.* Por Dios, el papá ¿eh? No, no me olvidaré de la carta al mayordomo. ¡*Adiós!*

(La pequeña, muy cariñosa): —Adiós. Muchos recuerdos a todos los amigos... ¿Eh? No te oigo... (grandes risas) ¡Ah, sí! ¡También a él, pobre muchacho, también!

1 N. del.Trad.: En castellano en el original. Los diálogos en castellano estaran marcados en cursiva en adelante.

(Deberga): «Vaya... le hablan de un pretendiente ridículo. Pero... ¿qué clase de pretendiente es que no está hoy aquí? Y la mayor... ¡con qué poco entusiasmo los ha invitado! Ah, me parece que le haría muy poca gracia que subieran...».

(Doble campanada, un silbido nasal de la locomotora, gran y estruendosa sacudida de los vagones).

—*Adiós.*

—*Adiós.*

—*Adiós.*

(Deberga, en su interior): «¡Gracias a Dios! A descansar».

Cuando el tren comenzó a moverse la más joven terminó de abrochar los últimos botones de su guardapolvo color mantequilla, recogió el velo color fresa sobre el sombrero de paja y, sacando de un elegante bolsito *Le Maitre de forges*, se dispuso a leer. Se sentó junto a la mayor, la cual, para poder vigilar bien al niño, que no se apartaba de la ventanilla, se había aposentado en el diván, en el extremo opuesto al que ocupaba el desconocido.

—*Mira. Ponte bien la goma del sombrero, Enrique, que se te va a caer. Quítate de ahí, hombre, ¿no ves que te da el sol? Baja los visillos, hijo...*

Pero el niño seguía embobado, contemplando aquella enorme extensión de huertas salpicadas de casitas, masías caprichosas y extrañísimos edificios industriales. A lo lejos, el bosque de chimeneas de Sant Martí² se levantaba como

2 N. de la Ed.: A principios del siglo pasado Sant Martí de Provençals era un barrio muy industrial de Barcelona, lleno de fábricas. De ahí la alusión a las chimeneas.



una barrera tras la cual se extendía infinita la línea del mar, de un tono agrisado por culpa de una calima plateada que no se dejaba mirar impunemente. Y como fuera que el sol se adentraba cada vez más en el vagón, y el niño iba tan distraído, la buena señora se conformó con bajar la cortinilla del medio y la de su rincón, dejando aquel compartimento sumido en esa claridad suave que aplaca la migraña de los que han dormido poco. Se acomodó bien, con el propósito de echar un sueño, y estuvo con los ojos cerrados hasta llegar a Moncada. Pero el temor a que el niño se asomase demasiado por la ventana, y el murmullo de los recuerdos de una vida de sacrificios, luchas infinitas y grandes penalidades, que resonaban en un cerebro excitado por el continuo y violento traqueteo del tren, la pusieron tan nerviosa que no acabó de dormirse. Entonces, sintiendo la necesidad de distraerse, se levantó, echó un vistazo a la estación por si veía a algún conocido, tocó la frente del niño, le estampó un beso y, de nuevo sentada, después de remover un poco su bolso, entabló conversación con la joven sobre aquel compañero de viaje tan curioso como poco atento. «Una de dos, o ese individuo estaba muerto de sueño o era un maleducado».

—Y sin embargo —objetó la joven, bajando la voz tanto como podía— tiene los pies propios de una persona fina, fíjate.

—Ya. Incluso la ropa que lleva parece darte la razón —dijo la otra, fijándose en los elegantes botines de color marrón cubiertos por unos borceguíes perla, en el trozo de pantalón que se veía, de color plomo y de un tejido

inglés finísimo, y en la gran bolsa de piel de Rusia que tenía sobre el estante.

Un nuevo silbido de la locomotora, que vino acompañado de un ruido ensordecedor y de un repentino eclipse de luz, les hizo callar, sumiéndolas en la inmovilidad con la que se suele experimentar el cruce de un túnel. Les envolvió una fina y desagradable humareda, con olor a azufre, que les dejó un regusto a tinta en el paladar. Y Deberga que, finalmente, se había convencido también de que no podría dormir, se incorporó. El tren salió de su negra cueva y aceleró a través de las huertas soleadas del Vallés y, entonces, los compañeros de viaje se saludaron con frialdad, abrieron libros y diarios y pasaron un buen rato examinándose los unos a los otros, ya fuera asomando por encima de las hojas que no leían, ya fuera a través de la tenue trama de pestañas que, de vez en cuando, parpadeaban a su pesar por el reflejo del sol.

—Es muy guapo —dijo la joven al oído de la mayor, al cabo de media hora.

—Mucho —afirmó la otra, mientras repasaba las facciones del aludido, con esa minuciosa mirada que tienen las mujeres.

Y efectivamente era un buen mozo, moreno y delgado, de cara ovalada y con esa expresión que tanto podía tender a la energía como a la ternura, con aquellos ojos dorados con toquécitos de rojo, teñidos de melancolía por las grandes pestañas, con aquella nariz aguileña y delgada, aquel bigote y aquella mosca firmemente marcada bajo unos labios gruesos; la barbilla dura y voluntariosa... sin duda, para



aquellas viajeras él era *todo un hombre*, al que comenzaban a perdonar su temprana grosería.

No le deslumbraba tanto a Deberga la joven, que era a la que veía mejor. Tenía una bonita cabeza, es cierto, y buena apariencia, una hermosa cabellera castaña con reflejos cobrizos, con un alisado natural y muy esponjosa, así como unas facciones pequeñas, bastante correctas. Pero en sus ojos de un verde grisáceo malaquita, en la comisura desdeñosa de sus labios y en la altivez desafiante de su largo cuello, Deberga encontraba... ¿qué se yo?... una cierta dureza antipática, que no conseguían disipar ni esa seriedad reflexiva en la expresión, ni los encantos sensuales de un cutis tierno y purísimo ni unos pechos y caderas bien desarrollados y excitantes.

Y en ese disimulado examen estaba cuando el tren se detuvo en La Garriga y las dos mujeres se levantaron y se asomaron a las ventanillas.

—¿*Quieres una tortilla, hijo mío?* —preguntó la mayor al niño, mientras le daba otro beso y le tocaba la frente—. *Mira, Tiburcio te la comprará.* —Y, quedándose discretamente tras el niño para dejar espacio a Deberga ante la puerta, encargó la tortilla al criado, que ya había saltado a recibir órdenes.

Deberga, que también se había levantado, pudo entonces examinar mejor a aquella mujer que, hasta en el tono de voz, le atraía más que la otra. Dos dedos más alta que ésta, sin duda era lo que se llamaba una buena moza. Sus carnes estaban en el punto justo que requerían las impecables proporciones de su figura, robusta pero sin grasa, elástica sin

ser amanerada, esbelta y distinguida incluso dentro de ese amplio guardapolvo de seda cruda que llevaba ligeramente ceñido al cuerpo.

«*Buena jembra*», exclamó para sí aquel sátiro ciudadano, formulándose la exclamación en un andaluz bien marcado. Y quedó así un momento embobado, extasiado en la contemplación de aquella mujer, cuando le vio la cara. Con sus ojazos negros, húmedos de melancolía, con el color encendido por el resol y la expresión dulcísima de sus labios, delimitados por dos hoyuelos deliciosos... cómo le recordaba al hermoso busto de la Madona del Sarto que siempre tenía a la vista en casa. Aquel parecido tan casual le provocó una sorpresa extraña, le intrigó, como si fuera una milagrosa intervención del inspirado pintor italiano. Pero entonces, para evitar una conversación *inútil* se acercó de mal humor a una de las ventanas opuestas del vagón, con la extraña necesidad de encontrar algo en que distraerse. Deberga no era de esos que se empeñan en conseguir objetivos irrealizables, y su especial situación económica de dependencia a largo plazo le hacía ser muy precavido ante los peligros del enamoramiento. Encendió un cigarrillo y permaneció de espaldas a aquellas mujeres, dejando que su mirada vagase por montañas y campos fugitivos que no le decían nada, hasta que los túneles y los mareantes giros del tortuoso Congost le obligaron a sentarse de nuevo.

—Si quiere fumar, por nosotras no se quede en la ventana. El humo no nos molesta —dijo entonces la mayor, con una galantería natural.

—¡Ah, vaya! Gracias, señora —contestó él de forma maquinal, como despertando de un sueño.

Se produjo entonces un silencio, durante el cual se sintió obligado por educación a mostrarse más amable con aquellas vecinas tan distinguidas, de manera que las invitó a sentarse de nuevo en el compartimento, donde ya no tocaba el sol.

La joven dejó por tercera o cuarta vez aquella lectura de la que, por lo visto, se distraía continuamente, y le dio las gracias con un leve movimiento de cabeza, mientras la otra lo hacía de manera más explícita, con el pretexto de que no podía perder de vista al niño.

—Es guapísimo —dijo Deberga, deseoso de enmendar su comportamiento anterior—. Parece muy espabilado.

—¡Pobrecito, está un poco delicado! —respondió la madre, quitándole el gran sombrero que hacía que su cara resaltara como si llevara un nimbo y dedicándose con cariño a arreglar aquel montón de mechones de oro que le llegaban a la espalda.

—«Efectivamente —pensó Deberga—, sí que es muy mayor este niño para llevar una cabellera así». Y añadió en voz alta:

—Sí que está un poco amarillento. Cuando salga se pondrá bien. ¿Quizá van ustedes a Ribes?

—No, señor. A Puigcerdà —dijo la joven, que tenía ganas de meterse en la conversación.

En aquel momento, quedó claro que era imposible evitar la entrada del sol en el compartimento, con las cortinas batidas sin cesar por el viento, de manera que Deberga se

empeñó en que todos se sentaran en su mitad. Puso al niño a su lado, cediéndole la ventana y, una vez todos reunidos unos frente a otros, reemprendió la conversación.

—Disculpen mi indiscreción cuando les he preguntado si iban a Ribes. Fue el deseo de asegurarme de que las tendría como vecinas durante unos días...

—Gracias —dijo la mayor con una sonrisa muy dulce.

—¿Usted se queda allí? —preguntó la joven.

—Allí, sí —respondió él, poniendo los ojos en blanco y fingiendo un suspiro de pesar—. Allí, en aquel valle estrecho y lluvioso, donde, a pesar de todo, encontré un día el remedio para mis males. Por precaución, aunque sea inútil, cada año acabo regresando.

—Pues entonces no se queje —dijo con alegría la joven, a la que aquellas exageraciones habían hecho mucha más gracia de lo que parecía.

—¿Tan triste es aquello? Yo pensaba que era muy bonito.

—¿De manera que sufre del estómago? Pues ya le compadezco —interrumpió la mayor que, con el ruido del tren, no había entendido bien.

Deberga tuvo que negar y afirmar con la cabeza, para contestar a ambas a la vez, y llevado por una simpatía que iba derrotando todas sus precauciones y sus picardías de *bon-vivant*, se lanzó a una pintoresca descripción del valle de Ribes y de la vida en sus balnearios, usando todos los ingredientes de una conversación divertida, entretenida y sincera. Después, sin entretenerse en detalles molestos:

—¿Decía usted que me compadecía, señora? Mil gracias, pero afortunadamente ya no sé si necesito tanto favor. ¿Es que usted también ha sufrido del estómago?

—Alguna vez.

—Pues quédense allí. A ver si se animan a hacerme compañía algunos días —les ofreció con buena intención.

Las dos negaron con la cabeza, sonriendo, como si no se atrevieran a decir «es imposible». Y en el silencio de su negativa, Deberga descubrió, no sin un punto de orgullo, cierta tristeza en ellas por no poder complacerle.

No se trataba solo de la belleza sensual, que encontraba especialmente en la madre, mucho más mujer y más apetitosa, sobre todo desde que había descubierto una peca del tamaño de un cabezal de aguja como a dos cuartos de dedo de la nariz, justo sobre el labio superior. Deberga encontraba en aquellas mujeres un atractivo especial al que daba muchísima importancia: eran señoras, y con una educación mucho más europea, por lo correcta, abierta y dulce, sin trabas ni envaramientos, que la de la inmensa mayoría de las mujeres que podría encontrar en aquel balneario.

El tren, mientras tanto, dejaba atrás las pendientes abruptas y rojizas del Congost y se acercaba a Centelles con un ritmo mucho más rápido y ágil.

La claridad que entraba por las aberturas rompió, como toda transmutación súbita, el curso de los pensamientos. Las señoras y Deberga miraban distraídos las exuberantes viñas cuando, de repente, un grito entusiasta del niño les hizo fijar la mirada en las románticas ruinas del castillo

de Centelles que, encumbradas en el extremo de la sierra que ampara al pueblo, parecía que estuvieran en lo alto de la quilla de la proa de un gran barco, volcada y partida por una enorme grieta. Pero la visión solo duró unos instantes. Con la velocidad del tren, aquel castillo parecía huir llevado por el viento hacia las nubes lejanas, al igual que el paso del tiempo se había llevado, mucho antes, su fuerza y su destino.

—¡Fantástico! ¡Qué bonito! —exclamó la madre, haciendo una mueca al pequeño y tocándole otra vez la frente.

Mientras estaban en la estación permanecieron callados; después, reemprendieron la marcha hacia Balenyà a través del paisaje barroco que cruzaba el tren. Pasaron por delante de montículos de color ceniza, algunos estriados como pechinas cónicas, otros achatados y con forma de talud, como fortalezas militares; los primeros, coronados de bosquecitos gráciles, los segundos, yermos y polvorientos como montones de ceniza apilados por la ventisca. Entonces volvieron a hablar sobre el castillo, que la joven calificó, en broma, como *wagneriano*.

—Me parece —dijo Deberga— que usted no es muy entusiasta de Wagner.

—Del músico, sí señor. Del poeta, no tanto —dijo ella, enrojeciendo de golpe por temor a haber dicho un pecado.

—Un poco demasiado romántico, ¿no? —preguntó él con una sonrisa.

—Un poco mucho. No comparto ese mundo imaginario —respondió la joven, forzando una sonrisa que delataba la

incomodidad que sentía al exponer opiniones que podrían considerarse petulantes ante alguien que todavía era un desconocido.

La mayor metió baza, asegurando que ella pensaba de otra manera y que, sin ser romántica, le encantaban las novelas románticas, la poesía y la música románticas, todo aquello que hiciera volar la imaginación y la fantasía hasta regiones bien apartadas de la triste realidad que nos rodeaba.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó la joven, mordiéndose la lengua, escandalizada.

—¡Veo que no tienen la misma opinión! —intervino Deberga, divertido.

—No exactamente —añadió la mayor, con una sonrisa que quería atenuar la discordia.

—Es que se hace ilusiones —afirmó entonces la joven, moviendo la cabeza en un gesto compasivo—. ¿No cree usted que —prosiguió—, en estas cosas, hay una gran distancia *de lo vivo a lo pintado*? Dígame si no: acabamos de ver ese castillo. No niego que sea una imagen fantástica, preciosa, realmente poética... pero ¿le gustaría a alguno de nosotros de vivir en él? Y no me refiero a ahora, que está inhabitable. Incluso en su momento de máximo esplendor ¿encontraríamos acaso las comodidades, el confort, la vida agradable que disfrutamos en las ciudades modernas? Nuestra casa de Barcelona no tiene puentes, ni fosos, ni torres ni murallas que dibujen una silueta fantástica contra el cielo, como acabamos de ver en el castillo de Centelles. Pero seguro, seguro, que los señores que vivieron en este castillo estarían mucho más a gusto en nuestra casa. Todo



eso, créame, es muy bonito para los libros, para soñar, pero no para vivir una realidad que es mucho más triste y dura que la de nuestras casas actuales.

La mayor sonrió bonachona, y Deberga aplaudió de corazón el *speech* de aquella joven tan llena de sentido común y que le distraía tanto.

—Realmente —dijo, bromeando y con un tono muy amigable— me parece que nosotros no lo pasaríamos demasiado bien en aquella cima espigada, a la que no podríamos llegar sin resoplar mucho.

—A lo mejor por una temporadita sí —dijo la mayor, siguiendo la broma.

—¿Qué dices, mamá? —exclamó con ingenuidad la joven, sin percibir el tono de broma que la otra mujer y el caballero le habían dado a la conversación.

—Disculpen un momento, luego seguimos con el tema, pero... ¿ustedes son madre e hija? —saltó Deberga, mostrando una sorpresa que mortificó a la joven y halagó claramente a la mayor.

—Bien claro está —dijo ésta, sin embargo.

—¡Oh! En fin, les juro que las había tomado por hermanas —replicó el joven, con voz impregnada de sinceridad. Y, al leer en la expresión de la muchacha cierta contrariedad, se apresuró a añadir—: Naturalmente, ya hacía a la señorita la justicia debida, pero, en fin... muy bien podrían ser hermanas, o pasar por tales. Usted ha de estar muy contenta, tiene una madre muy joven, muy guapa, muy digna de usted. Ahora, si quieren, volvemos a hablar del castillo.



—Es igual, dejémoslo estar —dijo la joven con cierto aire impertinente.

Viendo que la madre callaba por prudencia, Deberga optó por consultar su reloj, maldiciendo el ritmo lento del tren y, viendo que la joven trataba de devorar su malhumor aparentando que leía, tomó también un diario. En silencio, volvió a recrearse en la contemplación de la irreprochable y dulce fisonomía de la madre, con aquellos ojazos negros y aterciopelados, ese dichoso lunar y los negríssimos mechones, que contrastaban de manera encantadora con su blanquísima piel y lo tenían cada vez más hechizado. «Decididamente —pensaba— entre madre e hija, me quedaría con la madre. ¡Qué cutis, Dios mío! ¡Qué ojos, Dios mío! ¡Qué lunar, Dios mío! ¡Qué cabellera, Dios mío! ¡Qué contraste más original, soberbio... apetitoso!»

El tren se detuvo por unos minutos en Balenyà y, al reemprender la marcha con vigor hacia el valle de Vic, entre encinares de roca cubierta de óxido y praderas vírgenes, y al ver que la joven ponía mejor cara y otra vez dejaba de lado la lectura, volvieron a conversar. Deberga les preguntó si ya conocían aquel recorrido.

—Hasta Torelló, muy bien.

—¿Y piensan llegar hoy mismo a la Cerdaña?

—Oh, sí señor. Hoy mismo.

«Para las señoras y el niño será un poco pesado. Habría sido más cómodo hacer el viaje en dos jornadas: quedarse hoy en el Hotel Montagut y cruzar mañana la montaña».



—Allí comeremos —dijo la joven, ya reconciliada con todos y consigo misma.

Deberga les dijo que se alegraba: él también iba allí.

—Entonces veremos su destierro —continuó la joven, bromeando.

Él sonrió y, medio en broma medio en serio, dijo:

—Dije destierro porque pensaba en que me faltaría su compañía.

Ante lo cual la joven, con una risa con la que reconocía la pura galantería, replicó:

—No, señor, no. Digo destierro por lo que usted ha dicho hace poco.

—¿Habrá mucha gente en el hotel? —preguntó la madre.

—Pues no lo sé... pero gente no es precisamente lo que necesito —respondió él con aquella melancolía que se empeñaba en fingir delante de las mujeres.

—¿Acaso le gusta la soledad?

—Mucho. Muchísimo —mintió él, por el puro gusto de escucharlas, imaginando ya el desacuerdo que surgiría entre la romántica a la antigua y la romántica moderna.

—A mí también —dijo la madre.

—¿A ti? —replicó la joven, muerta de risa.

—Pues sí hija, por una temporada y en el campo, sí.

—A mí sí. Pero ¿a ti, mamá? Mire, no le haga caso. Se hace ilusiones. ¡Si mi madre es de lo más sociable! Y ¿sabe lo que le digo? Me parece que usted es del mismo estilo.

La conversación, entonces, derivó durante un buen rato hacia el asunto de la soledad, y cada uno explicó cómo la



entendía, qué ventajas le veía y que tipo de placer encontraba en ella. Pero mostraron tal cantidad de diferencias, salvedades y reservas, que al final resultó que la joven tenía razón y que ni su madre ni ese joven entendían el concepto tal como ella creía que debía entenderse, ni la deseaban con sinceridad.

—Un enamorado de ella, como Séneca, pues no lo soy, la verdad —dijo Deberga, con una sonrisa—. Lo reconozco.

Pero el tren ya había llegado a Vic, eran las diez menos cuarto y la mayoría de los pasajeros se lanzaban al andén. Deberga, antes de hacerlo, invitó a almorzar a las señoras. Ellas se excusaron, mostrándole la mortadela y el jerez que los criados habían preparado.

—¿Quién debe ser este hombre? —se preguntaron, mientras comían con ese apetito que siempre despierta en los viajes el cambio de aires y la tranquilidad del espíritu—. Ha resultado ser muy diferente de lo que pensábamos, es una persona muy agradable.

—Muy educado.

—Tiene algo como de militar. No sé...

—Sí, es verdad. Una rigidez en el cuello, algo...

—*¡Ay, hijo mío, que mamá no pensaba en ti! ¿Quieres más?* —dijo de repente la madre, al ver que Rosalía servía otra rebanada de pan al niño—. Parece que se le despierta un poquito el hambre —añadió con la esperanza dibujada en la cara.

—Míralo —advirtió la joven, que estaba recostada junto a la ventana—. Ahí viene.

La madre dejó al niño y se levantó también y, mientras presentaba con discreción la copita para que el criado se la rellenase de jerez, se acercó a la ventana.

—¿Ves qué andares?

—Sí que parece militar.

—¿Y sabes en qué se le nota más?

—¿En la forma de llevar el *sombrero*?

—Exacto. ¡Anda que no es especial ni nada! Fíjate en que, en cuanto se visten de paisano, lo primero que les traiciona es el *sombrero*. ¡Con qué poca gracia lo llevan!

Madre e hija iban murmurando, tratando de adivinar lo que no adivinaban ni de lejos. Y cuando más entretenidas estaban contemplando al apuesto joven, de golpe las dos dieron un paso atrás, como movidas por el mismo resorte. Y es que Deberga estaba volviendo la vista hacia ellas.

—*Tiburcio ¡por Dios! ¿en qué estaba usted pensando?*

—gritó de repente la madre—. *¿Cómo no veía que me estaba usted vertiendo vino sobre el guardapolvo? ¡Vaya un modo de mancharme!*

—*Señorita, si no se lo he manchado yo. Usted tenía la copa. La mano le habrá temblado.*

—*Vaya, tome, tome* —replicó ella, nerviosa, después de tomarse el vino de un solo trago y limpiarse con prisa y de manera frenética la mancha—. *Y despachen, despachen, que el tren va a marchar*—. Después, todavía con expresión de mal humor, se sentó y separó los pliegues del abrigo de manera que ocultasen la mancha.

Deberga subió al tren de un salto.... ¡Uuuuuuh! El tren se puso en marcha, dejando atrás la antigua Ausona, apiñada



en torno al campanario románico de su catedral, ceñida de conventos y casitas terrosas. Tras un breve intercambio de palabras, el grupo de viajeros, incluido el niño, parecieron querer recuperar fuerzas para digerir el almuerzo, y se quedaron amodorrados hasta llegar a Torelló.

—¿Qué hay, Joseph? —preguntó la señora mientras alargaba su mano enguantada, a modo de bienvenida, a un hombretón vestido con americana y gorra que se acercó al vagón a saludarla—. Aquí tiene una carta de don Robert. Él vendrá mañana. ¿Cómo va la fábrica?... ¿Funciona bien la turbina nueva?... A mí me parece que debería venir el ingeniero. ¿No?... Es lo que dice mi cuñado; pero a mí me parece que usted y él son muy tozudos. Si ustedes se equivocan, quien lo pagará seré yo.

«Esta mujer tiene una fábrica. Un cuñado la cuida, ella no viaja con su marido... ¿será viuda?», pensó Deberga, que no se perdía una palabra de lo que ella decía y que ya veía ante sí un horizonte lleno de promesas, mientras trataba de distinguir la fábrica de la que hablaban. No era difícil mirar con impunidad, ya que las dos mujeres y el niño estaban asomadas a la ventanilla despidiendo al mayordomo. Pero a la izquierda tenía la estación, y a la derecha un pequeño montículo que salía de la carretera que había junto al ferrocarril, y entre una y otro le tapaban la vista por los dos lados. Y como, además, no quería que le sorprendieran cotilleando, se sentó de nuevo. Pensó en lo extraño que resultaba que una familia tan fina proviniese de industriales barceloneses, que para él eran la gente más grosera, pretenciosa y antipática de la Tierra, hablando en general.

«No, ella ha mamado de otras fuentes —se dijo a sí mismo—, la educación de los niños es cosa suya». Pero el silbido de la máquina, como si le reprendiera por tener tales pensamientos, interrumpió el curso de sus ideas. Al ver que sus vecinas no se movían de la ventana, se animó a levantarse para espiar qué estaban mirando. Finalmente, al cabo de unos minutos, vio que la madre señalaba al niño un conjunto de edificios situados en una isla rodeada de árboles. Era sin duda, de todas las fábricas del Ter, la que más a menudo había contemplado Deberga en años anteriores, no solo por la evidente importancia de sus edificios, sino también por la hermosa estampa que ofrecía, rodeada de aquella espesura verde que el río abrazaba con envidia.

Ni el niño ni las señoras dijeron una palabra, como si encontrarán de mal gusto hacer ostentación de su riqueza delante de un extraño. Y este a su vez, muy respetuoso con la delicadeza de su discreción, volvió a su asiento sin decir nada. Todos se recogieron entonces en uno de esos silencios tan frecuentes entre los pasajeros del ferrocarril, en los que comienzan a hacer mella tantas horas de traqueteo y ruidos rítmicos. La joven leyó, por cuarta o quinta vez, el episodio en el que el marqués de Beaulieu se topa con aquel extraño cazador que, después de haberle desafiado con tanta altanería, le regala la liebre que él no había podido cazar. La madre cerró los ojos, con más ganas de meditar que de dormir. El niño se puso a soñar, recogido en un rincón, ante aquellas mujeres que de nuevo se habían quedado en la mitad del compartimento



que estaba frente a Deberga. Este, por su parte, abrió el periódico, y como viera que sus ojos vagaban por las letras sin concentrarse, se arrebujó bajo el vidrio, observando oblicuamente a las señoras. Con los ojos entrecerrados, sorprendió varias miradas delatorias de ellas que le confirmaron que no les era indiferente. Y como fuera que madre e hija pensaron lo mismo de él, ninguno se ausentó de los pensamientos del otro durante aquel recorrido. Para los tres fue una especie de encanto hipnótico al que puso fin cruelmente la llegada del tren a Ripoll.

—Por fortuna, todavía no tenemos que despedirnos —dijo él, mientras se levantaba para dejar el guardapolvo en su bolsa de viaje.

—Ah, es verdad, que usted también va a casa Montagut —exclamó la joven, aparentando que se había olvidado por un momento.

—¿Y sabrá encontrar carruaje? —preguntó la madre.

—Supongo. El del hotel suele venir por aquí.

—Si no, cuente con un *puesto* en el nuestro —añadió ella con sencillez.

—Muchas gracias, señora. Se lo agradezco mucho; espero no tener que molestarlas.

Pero eran muchos los pasajeros que el tren llevaba a Ribes y a la Cerdaña, y los que iban primero asaltaron todos los coches disponibles de tal manera, que Deberga, a quien el deseo de mostrarse educado con las señoras le había hecho llegar de los últimos, se quedó sin transporte. Las señoras entonces, desde el landó donde se habían instalado, lo vieron corriendo nervioso de aquí para allá



buscando inútilmente, y enviaron al criado para que le invitase de nuevo a viajar con ellas.

Finalmente, viendo que iba a quedarse en tierra y dejándose llevar por un impulso de simpatía que apenas podía reprimir, aceptó la oferta. Sintiendo una gran satisfacción, subió al landó y se sentó junto al niño.

El calor bochornoso de Barcelona se había disipado hacía ya tiempo, gracias al brío del aire de las alturas que iban escalando, y ahora la ruidosa corriente del Freser parecía impulsar aún más y más el viento. El landó, seguido de un ómnibus en el que viajaban las criadas y todo un castillo de equipajes, emprendió la marcha por un camino cubierto de sombras, arrastrado por el vigoroso empuje de tres fuertes caballos. Mientras, el río resonaba junto a ellos, enfureciéndose en los recodos de su lecho, rugían con un rumor profundo los saltos plateados de Campdevanol y de las fábricas superiores, y el viento agitaba el trigo de los campos y la exuberante vegetación de las escarpadas pendientes, pero aquellos ciudadanos, demasiado embebidos en su agradable conversación, no se fijaron ni un ápice.

Anticipándose unos treinta minutos a los carruajes de alquiler, llegaron así, en tres cuartos de hora, al establecimiento, que ya estaba lleno de gente más sedienta de distracción que de aguas medicinales. Deberga cedió por un tiempo su lavabo a sus desconocidas amigas y, mientras ellas estaban arriba haciendo uso de él, no tardó en encontrar a quien le pusiera al corriente de lo que todavía le faltaba por averiguar. La madre era Pilar Prim, viuda de don



Andreu Dou, uno de esos empresarios ricos que elegían una vida retirada en Barcelona. Las mismas fuentes atribuían, además, la oscuridad en la que hasta ahora había vivido Pilar Prim a su juventud y su extraordinaria belleza, de la que el marido, que le doblaba la edad, había estado siempre celosísimo. La joven se llamaba Elvira, no tendría más de diecinueve años y, ya que, hasta el invierno pasado, una vez cumplido el duelo, no había salido al mundo, no era de extrañar que también fuera poco conocida.

La familia Dou terminó de almorzar apresuradamente, bromeando con su compañero de viaje, que ocupaba la mesita de al lado, y al despedirse, sellaron su encuentro con un franco apretón de manos y promesas de amistad.

—A ver si se decide a visitarnos. Pilar Prim, chalé de las Acacias, a los pies del estanque de Puigcerdà.

Él sacó una tarjeta y se la ofreció a la viuda Dou.

—¿Cómo? —exclamó ella, dándosela a leer a Elvira con evidente curiosidad—. ¿Marcial Deberga? ¿No será usted, por ventura, hijo de Pepe Deberga, oficial de la Armada?

—El mismo, señora.

—¡Compañero de papá! ¡Uy, cuántas veces le he oído hablar de usted! Habían hecho juntos gran parte de la carrera. Usted nació en Cuba, ¿verdad?

—En la misma Habana, señora.

—Pues doble motivo para ofrecerle nuestra amistad —dijo la señora, estrechando de nuevo su mano, ya con un pie en el estribo del landó.

—Vamos, ahora sí que hará una escapadita a Puigcerdà, ¿verdad? —añadió la joven, mientras le ofrecía a su vez un nuevo apretón de manos.

—Ustedes merecen eso y más —exclamó él, besando al niño y subiéndolo al coche con sus propios brazos—. No faltaré.

—Que le aprovechen las aguas.

—Que se lo pase muy bien.

—Muy feliz viaje.

—Cuídese.

—Hasta la vista.

Los hermosos caballos arrancaron el paso con brío, seguidos por el ómnibus del servicio, repleto de equipajes, y Deberga no se decidió a moverse hasta que los carruajes desaparecieron tras la primera curva, dejando sobre el suelo húmedo de la carretera apenas un pequeño rastro de polvo que se llevó el viento, último vestigio de la aparición que lo había dejado embelesado.

